

NÚM. IV

RELIGION DE LOS EGIPCIOS.

La doctrina de los sacerdotes egipcios, del mismo modo que la de los bramanes de la India y la de los magos de Persia, presenta la doble forma de una teogonía y de una cosmogonía. Su base es el panteísmo, ya físico, ya intelectual, ya lo uno y lo otro juntamente; personifica las fuerzas de la naturaleza, identificándolas con las del espíritu y figurándose en una misteriosa unidad, en la cual se confunden Dios y el universo. En ella se habla de un Dios sin nombre, sin figura, incorpóreo, inmutable, infinito, origen y fuente de todas las cosas, que debe ser adorado en silencio; es el padre, el bueno, el *piromis* por excelencia. Dios está en la eternidad, de la eternidad procede el mundo, del mundo el tiempo, del tiempo la generación. Todo el universo tiene vida; una sola es la vida y esta es Dios. Así como el cielo, la tierra, el agua y el aire son partes integrantes del mundo, del mismo modo la vida, la inmortalidad, la necesidad, la providencia, la naturaleza, el alma y la razón son miembros de Dios; la bondad es el punto de su reunión: nada hay, ni habrá en que no esté Dios, él es todo en el todo y por el todo. Este ente único, indivisible, eterno, infinito, fué anterior al primogénito de los dioses y fué también el primero de los reyes. El mundo fué hecho, no con sus manos, sino con su palabra; y esta palabra de Dios, que es su voluntad, es también su cuerpo. El supremo criador del universo engendró de sí mismo un criador inferior, hijo semejante al padre: este es *Cnef*, dios de Tébas, sin principio, inmortal; es *Ammon*, el Júpiter de los Tebanos, el demiurgo, el dios oculto que se manifiesta bajo la forma de un cordero, que de las tinieblas hace salir la luz, que abre su curso al año como al mundo y lleva tras sí todo el acompañamiento de los dioses: es el espíritu que penetra en todas las cosas, el principio del organismo, y en una palabra, *el alma* del mundo. Se le representa también bajo la figura de un hombre de color azul celeste, para expresar que el criador es incomprendible é indivisible; tiene en la mano el ceñidor y el cetro, símbolos del espíritu vivificante y del poder; lleva una pluma

sobre la cabeza, emblema de la acción del entendimiento, y finalmente, es idéntico á aquel *Hérmes*, á aquel espíritu puro que antes de la creación escribió los libros sagrados.

Juntamente con el espíritu nació la materia del mismo principio único y ambos existentes en él desde la eternidad. Esta materia primitiva es el espacio, dentro del cual están contenidas y circulan todas las cosas que el espíritu penetra, llena y anima. Esta materia llamada también simbólicamente *el limo primitivo*, y que contenía en sí misma todos los elementos y las fuerzas elementales, era grosera é informe cuando el espíritu le imprimió el movimiento, la concentró en una sola masa, y le dió la forma de una esfera con todas las cualidades que le pertenecen. Esta esfera llegó á ser el globo ó el huevo del mundo, que salió de la boca de *Cnef*, el verbo manifestado, la razón ó la palabra visible proferida por el demiurgo cuando quiso formar las cosas. Este mundo hermoso, pero no bueno, el segundo de los seres existentes, el primero de los seres que padecen, aunque engendrado, no cesa de engendrar, porque es movable, y no puede darse movimiento sin generación: se asemeja á una esfera ó á una cabeza, sobre la cual nada hay material, y debajo de ella nada inteligente. El universo es semejante á un grande animal compuesto de materia y espíritu; es una gran divinidad, imagen de otra mayor, unida á ella y habitando en ella como en el manantial fecundo de toda vida.

Ved, pues, ahora cómo se opera el grandioso espectáculo de la creación. Inmensas tinieblas se hallaban esparcidas sobre el abismo cubierto por las aguas, y un espíritu sutil, una inteligencia pura habitada por divino poder en el seno del caos. Estas tinieblas, esta noche primitiva anterior á la existencia de todas las cosas, cuyo nombre se había repetido tres veces en himnos sagrados, es la gran madre que de la humedad sacó las semillas de las cosas; es la causa, la naturaleza misma, el manantial de todo bien, la madre y el asilo de todos los dioses; es *athor* ó *athir*, la noche antigua que existía antes que la luz, la potencia productiva de la

naturaleza, la *Venus celeste*. Brilló repentinamente en el seno de la eterna noche un rayo sagrado de luz suave, alegre, inefable; la luz primitiva que es el demiurgo *Cnef*, mas antiguo que la humedad y que el agua procedente de la noche. En la humedad nació un movimiento, una agitación manifiesta; se elevó un vapor y un gran ruido y de él salió una voz, como la voz de la luz, y esta voz de la luz articuló la palabra (el verbo).

Cnef el criador, que es todo luz y todo vida, varon y hembra al mismo tiempo, queriendo crear en la plenitud de su fuerza la divina palabra, produjo la mas pura naturaleza y uniéndose con el demiurgo *Cnef* que participaba con él de la existencia, produjo el segundo demiurgo *Fta*, dios del fuego y de la vida, que salió del huevo mundo producido por *Cnef*. *Fta* es el ordenador, es el artífice del mundo que con industria y verdad perfecciona su obra; porque el poder del fuego tiene mucha parte en la producción de las cosas y favorece su incremento: él es también el soplo de vida del cual necesitan las criaturas y que á todas las alimenta y vivifica segun el mérito de cada una. Este Espíritu creador y fecundo reúne en sí las facultades de los sexos y es padre y abuelo de todos los dioses. Pero mientras que á las regiones superiores se elevaron los elementos ligeros, los pesados quedaron abajo convertidos en limo húmedo; y la tierra todavía estaba sumergida bajo las aguas. Finalmente, quedó libre de ellas y todas las cosas fueron separadas, dispuestas y ordenadas por el omnipotente espíritu del fuego; y sobre la tierra (*Tho*) resplandeció el cielo (*Potiris*.)

Creado el mundo superior en toda su belleza, y después la naturaleza, cuyos atractivos excitaban la admiración de los inmortales, el demiurgo hizo las almas, partículas innumerables de una materia purificada, trasparente, invisible á cualquiera otro que á él, que la había formado mezclando su soplo con el fuego y con otras sustancias y pronunciando palabras misteriosas. Las almas fueron distribuidas en sesenta clases, todas igualmente inmortales y procedentes del mismo origen. El Eterno complacido las llamó sus hijos y las señaló su lugar respectivo en la esfera del aire, prohibiendo que se alejasen de él. Entonces se dedicó á criar otras almas de orden inferior, y se asoció las almas superiores para formar las otras clases de seres animados, desde las aves hasta los reptiles.

Ensoberbeciéndose de sus obras, las almas desobedecieron y abandonaron el lugar que se las había designado, porque la quietud les parecía la muerte. Envidiando á los reyes de las siete esferas, quisieron invadir su mansión; pero pronto cayeron en la esfera ó región de los nacimientos. Allí vieron aquella naturaleza dotada por Dios de tan maravillosos atractivos y se enamoraron de ella; esta correspondió á su amor y tuvieron su comercio, del cual nació la forma irracional; el Criador quiso hacerla el instru-

mento de su castigo, y mandó al divino *Hérmes* que encerrase las almas pecadoras en aquella forma de cuerpos como en una prisión. Las almas unidas de este modo á los cuerpos recibieron toda clase de dones de los dioses (planetarios), y del Dios supremo, que las había dado vida con su soplo, la promesa de volver á la mansión celeste, si se abstienen de los delitos, y la amenaza de ser condenadas á pasar de uno á otro cuerpo de animales, si cometían pecados. Para habitar se les señala la tierra provista de toda especie de vegetales. Pero habiendo decaído las almas de su primera condición, continuaron siendo rebeldes á los mandatos del Omnipotente, llevaron á todas partes el desorden y la guerra, y el mal aumentó desmesuradamente. Los elementos y la tierra, profanados y deshonrados por la impiedad y por el sacrilegio, elevaron sus quejas hasta el Cielo: entonces Dios prometió enviar á la tierra una emanación de su propia esencia, á juzgar á los vivos, recompensar á los muertos y regular los acontecimientos.

Aquí tiene principio el tercer orden, ó mas bien la tercera generación de los dioses, llamados propiamente encarnación de los dioses de la segunda generación, que como *Diodoro* podemos llamar *dioses terrestres*, después de los cuales principian los reinados de los hombres (1).

Se atribuyen al dios *Tot* ó á *Hérmes Trismegisto* los libros herméticos, escritos en griego; ciertamente muy tarde y reuniendo ideas enteramente extrañas al mundo egipcio. Algunos creen sin embargo, que á pesar de estas interpelaciones, contienen las tradiciones egipcias y están de acuerdo con sus monumentos. Tanta importancia tuvieron en los tiempos de la escuela de Alejandría, que no parecerá inútil que demos á conocer algunos fragmentos de ellos.

Hérmes dice á *Tot*: « Difícil es al entendimiento concebir á Dios y á la lengua hablar de él. No se puede describir con medios materiales una cosa inmaterial, y lo que es eterno difícilmente se colige por lo que está sujeto al tiempo. El uno pasa, el otro subsiste perpetuamente: aquel es una mera percepción de la muerte, y este es realidad. Puede expresarse con la lengua lo que puede ser conocido por los sentidos, como los cuerpos visibles; lo que es incorpóreo, invisible, inmaterial, sin forma, no puede ser percibido por nuestros sentidos. Comprende, pues, *Tot* que Dios es inefable.

« La muerte (dice en otra parte) es para algunos un mal terrible. ¡Qué ignorancia! La muerte acontece por la debilidad y la disolución de los miembros de nuestro cuerpo; muere el cuerpo porque ya no puede soportar su ser: lo que se llama muerte solo es la destrucción de los miembros y sentidos del cuerpo: el ser, el alma, jamas mueren.

(1) GUIGNAULT, Nota á la Simbólica de *Cruzer*, t. I, p. 11, página 822 y siguientes.

» La verdad (añade) es única, eterna, inmutable; la verdad es el primer bien; la verdad no está, ni puede estar en la tierra. Dios puede haber dado á algunos hombres con la facultad de pensar en las cosas divinas, la de pensar también en la verdad; pero ninguna verdad existe sobre la tierra, porque todo en ella es materia vestida de forma corpórea, sujeta á la variación, á la corrupción y á nuevas combinaciones. El hombre no es la verdad, porque solo es verdadero lo que obtiene su esencia de sí mismo y permanece siempre como es. Lo que admite variación hasta el punto de no ser conocido, ¿cómo podrá ser la verdad? La verdad es, pues, lo que es inmaterial, sin estar envuelto en un ser corpóreo, no tiene color ni figura, se halla libre de cambio y alteración y es eterno. Todo lo que perece es mentira; la tierra no es mas que corrupción y generación; toda generación procede de una corrupción; las cosas de la tierra solo son apariencias y simulacros de la verdad, lo que la pintura es respecto de la realidad. Las cosas de la tierra no son la verdad.»

En este resumen de los pensamientos que quedan indicados y que están mas desarrollados en el resto de los fragmentos, no hemos conservado la forma del texto, que es la de todos los escritos hieráticos, de los cuales han llegado hasta nosotros algunas porciones, cuya forma, introducida en Grecia por los filósofos educados en Egipto y usada en los libros de sus discípulos, fué honrada por un hombre siempre ilustre en los anales de la ciencia y de la virtud; de modo que el método socrático ó de enseñanza por medio de diálogos es otro beneficio emanado de la ciencia egipcia.

Hay otro escrito en forma de diálogo que se considera como el mas antiguo y auténtico, el *Pimander* de Hérmenes Trismegisto, y como *Pimander* significa la suprema inteligencia, y Tot otra inteligencia manifestada á los hombres, es por consiguiente un diálogo entre la inteligencia divina y la humana, en el que la primera revela á la segunda, para salud del género humano, el origen del alma, su destino, sus deberes, las penas y las recompensas que le están reservadas.

Tot mismo refiere su conversacion con *Pimander* de este modo: «Cierta dia, mientras yo estaba reflexionando sobre la naturaleza de las cosas elevando el entendimiento hácia los cielos, mis sentidos corpóreos estaban aletargados como acontece en un profundo sueño á los hombres cansados por el trabajo ó por la saciedad, cuando me pareció ver un ser de desmesurada estatura que llamándose por mi nombre, me interpeló en estos términos: — Tot ¿qué deseas ver ó oír? ¿qué afanas aprender ó saber? — ¿Quién eres tú? contesté. — Soy, me respondió *Pimander*, el pensamiento de la potencia divina: dime qué deseas y te ayudaré en todo. — Deseo, le dije, saber la naturaleza de las cosas que existen y conocer á Dios. — Me respondió:

Explicame bien tus deseos y yo te instruiré. Hablando de este modo, cambió de forma y todo me lo reveló repentinamente.

» Tuve entonces ante mis ojos un espectáculo prodigioso: todo estaba cubierto de luz y presentaba un aspecto maravillosamente agradable; yo me hallaba arrebatado en éxtasis. Poco despues se agitaba con terrible estruendo una sombra espantosa que terminaba en torbellinos oblicuos, y estaba vestida de naturaleza húmeda. Salía humo de aquel ruido y formándose de él una voz, me parecia la voz de la luz; y de esta voz de la luz salió el verbo.

» El verbo era llevado sobre un principio húmedo, y de él salió un fuego puro y ligero que elevándose se desvaneció en el aire. El leve éter, semejante al espíritu, ocupaba el medio entre el agua y el fuego, y el agua y la tierra estaban de tal manera juntas y mezcladas, que la superficie que el agua cubria no aparecia en ningun punto. Ambas fueron agitadas por la voz del espíritu que era llevado sobre ellas, y en aquel momento *Pimander* me dijo: — ¿Has comprendido bien lo que significa este espectáculo? — Lo sabré, le dije, y él añadió: — Esta luz soy yo: yo soy la inteligencia, tu dios, y soy mas antiguo que el principio húmedo que emanó de la sombra. Soy el gérmen del pensamiento, el verbo esplendente, el hijo de Dios. Te diré pues: piensa que lo que en ti ves y oyes de este modo es el verbo del Señor, es el pensamiento, que es el Dios padre, los cuales no están de otro modo separados, y su union es la vida. — Te doy gracias. — Medita ántes en la luz y procura conocerla.

» Dichas estas palabras le rogué mucho para que dirigiese su rostro hácia mí, y apenas lo hizo, ví en mi pensamiento una luz circundada de innumerables potencias, brillantes sin límites, el fuego contenido en un espacio por una fuerza invencible y que se mantenía sobre su propia base.

» Todas estas cosas ví por efecto del verbo de *Pimander*, el cual hallándome sumergido en el mayor estupor, me dirigió nuevamente la palabra de este modo: — ¿Has visto en tu pensamiento la primera forma que prevalece sobre el principio infinito, etc.? — Le pregunté de dónde emanaron los elementos de la naturaleza. — De la voluntad de Dios, me dijo, la cual habiéndose posesionado de su perfección, ha adornado con ella todos los demas elementos y las variables semillas que ha criado; porque la inteligencia es Dios, el cual posee la doble fecundidad de los dos sexos, que es la vida y la luz de su inteligencia; él creó con su palabra otra inteligencia operante, y también es Dios: fuego y Dios espíritu. Despues formó siete agentes que contienen en los círculos el mundo material, y su acción se llama destino. El verbo de Dios se reunió despues, separándose de los elementos agitados por un simple efecto de la naturaleza, y se juntó á la inteligencia operante, que era de su misma esencia. Desde entonces los elementos

de la naturaleza quedaron privados de razón, y fueron simplemente materia.

» Despues que la inteligencia activa y el verbo incluyeron en sí los círculos y giraron con gran velocidad, esta máquina se mueve desde su principio hasta su fin, sin tener principio ni fin, porque principia siempre donde acaba. En el momento de la reunion de estos círculos (según quiso la inteligencia), se sacaron de los elementos inferiores los animales privados de razón, cuyo don no les fué concedido. El aire lleva los seres alados; el agua, los nadadores, y la tierra y el agua difieren entre sí del modo que prescribió la inteligencia. La tierra ha engendrado despues los animales que estaban en ella, los cuadrúpedos, las serpientes, los animales silvestres y los domésticos; pero el entendimiento, padre de todo, que es la vida y la luz, procreó al hombre, semejante á sí mismo y lo ha acogido como hijo, porque era hermoso y parecido á su padre. Habiéndose complacido Dios en la imágen de sí mismo, concedió al hombre la facultad de usar de su obra; pero habiendo visto el hombre en su padre el criador de todas las cosas, quiso también crear, y se precipitó de la contemplación de su padre á la esfera de la generación. Estando todo sometido á su poder, consideró las atribuciones de los siete agentes, los cuales, complaciéndose en favorecer la inteligencia humana, le comunicaron su poder. Apenas conoció de este modo su esencia y su propia naturaleza, deseó penetrar en los círculos y romper su circunferencia, atribuyéndose la fuerza de aquel que domina al mismo fuego; y el que habia tenido todo poder sobre los animales mortales y privados de razón, se elevó, salió del seno de la armonía, penetró en los círculos, rompió su poder, y manifestó la naturaleza como una de las hermosas formas de Dios. El hombre se enamoró de ella, y nació una forma de ser privado de razón.

» Pero de todo: los animales terrestres, solo el hombre está dotado de doble existencia; mortal en cuanto al cuerpo; inmortal en cuanto á su mismo ser. Como inmortal, todo le está sujeto, al paso que los demas seres vivientes están bajo la ley del destino. El hombre fué pues, una armonía superior, y por haberla querido destrozarse, cayó en la esclavitud. Todos los animales son destruidos, lo mismo que el hombre; pero Dios dijo: — Vosotros á quienes os está concedida una parte de inteligencia, conoced vuestra propia naturaleza y considerad vuestra inmortalidad. El amor á la porción corpórea de vosotros mismos será la causa de vuestra muerte. — Despues de estas palabras, la Providencia, según la ley de los destinos y la armonía de los mundos, mezcló diversos elementos, y constituyó las especies que deben propagarse según sus propios caracteres.

» Por esto quien se conoce á sí mismo, conquista el bien superior á su esencia; quien se deja engañar por el amor á su cuerpo, es arrojado á las tinieblas de la muerte. Dios, que es la inteligencia, quiso que cada hombre, partícipe de ella, se considerase en sí mismo.

» ¿Pues todos los hombres (dijo Tot), no poseen esta inteligencia? — Así es (respondió *Pimander*), y yo mismo soy la inteligencia para los hombres buenos, puros, piadosos y santos: mi presencia es su auxilio y al momento conocen todas las cosas, y el padre es para ellos un ser propicio y misericordioso. Precisamente por esto celebran sus alabanzas con himnos, abandonando su cuerpo á la muerte, y rechazando las ilusiones de los sentidos que conocen que son mortales. La inteligencia es para ellos como un centinela, que los asegura de las asechanzas del cuerpo y les cierra las puertas de la seducción. Por el contrario, me alejo de los ignorantes; de los malvados, de los envidiosos, de los homicidas y de los impíos, abandonándolos al demonio vengador, que quiere á los culpados y los castiga con el fuego.»

Tot despues solicita saber qué sucederá al alma luego que suba hácia el padre. «El cuerpo material pierde su forma; que se destruye por el tiempo; los sentidos que han estado animados vuelven á su origen, y llegará un dia en que tomarán de nuevo sus antiguos oficios; pero pierden sus pasiones y deseos, y el espíritu sube hácia los cielos para verse en armonía. En la primera zona deja la facultad de crecer y disminuir; en la segunda la potencia del mal y los fraudes del ocio; en la tercera las ilusiones de la concupiscencia; en la cuarta la insaciable ambición; en la quinta la arrogancia, la audacia y la temeridad; en la sexta el reprobado gusto de las riquezas mal adquiridas, y en la sétima la mentira. El espíritu, purificado por efecto de estas armonías, vuelve al estado tan deseado, teniendo un mérito y una fuerza que le son propias, y al fin habita con los que cantan las alabanzas del padre. Desde aquel momento son colocados entre las potestades, y bajo este título gozan de Dios. Tal es el supremo bien de aquellos á quienes fué dado el saber; llegan á ser Dios.»

» Cuando *Pimander* concluyó de hablar, volvió entre las potestades divinas, y yo me puse á aconsejar á los hombres la piedad y la ciencia. — Oh hombres, vivid sobriamente, absteneos de la glotonería. ¿Por qué os precipitáis hácia la muerte, si sois capaces de conseguir la inmortalidad? Huid de las tinieblas de la ignorancia, separaos de la luz tenebrosa, esquivad la corrupción, adquirid la inmortalidad. Como jefe y cabeza de la casta humana yo les enseñaré el camino de la salud, y llenaré sus oídos con las lecciones de la sabiduría.»